

de creciente prosperidad, que sólo había sido turbado por los desastres de la lucha contra la invasión extranjera... Mora era, en concepto de los extranjeros, la más alta representación del patriotismo centroamericano... Sobre todo poseía uno de los corazones más nobles y una de las inteligencias más vivas que se pueden encontrar. Como particular había hecho la felicidad de todos los suyos, derramando beneficios hasta sus enemigos. Como Jefe de Estado inauguró el gobierno más amplio de que Costa Rica ha gozado. Poseía la fe, la vida interna; sentía la necesidad de grandes horizontes. Comprendía por instinto todos los desenvolvimientos y todo el mecanismo del progreso. Adivinaba la actividad europea, las maravillas del crédito, la utilidad de la fusión de los intereses y de las razas. La República le debió su primer banco, su primer ferrocarril y su primer teatro».

Al llamar a las armas a sus compatriotas el Presidente Mora, en marzo de 1856, no tuvo en mira la conquista de tierras, ni siquiera la de saciar vanidades ciñendo su frente con el laurel ensangrentado de los jefes que ganan batallas. No. Los riesgos para nuestra libertad eran evidentes. «La Falange», compuesta por aventureros en su mayoría norteamericanos, oprimía a Nicaragua bajo el mando de William Walker y amagaba extender su dominio al resto de Centro América. Mora concibió bien la situación y preparó a su pueblo para la lucha con su hermosa proclama del 20 de noviembre de 1855; y luego, cuando creyó inminente el peligro, el 1º de marzo de 1856, lanzó su otra proclama famosa, invitando a «los labriegos sencillos a trocar la tosca herramienta por las armas de defensa», a impedir con todos los sacrificios posibles que se hollara el suelo de la Patria. Salvarse del vasallaje y de la institución de la esclavitud y salvar a Nicaragua de la misma ignominia, conservar la independencia de Centro América,—sagrado interés, desprendimiento purísimo,—ese fué el impulso que levantó a todo el pueblo costarricense, en todas sus capas, y que lo llevó a la tormenta terrible de la guerra. Ninguna ventaja material para los jefes o soldados, pero ni para la nación misma, ya que a la hora de la liquidación del conflicto, no añadiría ni una pulgada de superficie a su territorio ni una moneda a su tesoro.

Ruda fué la pelea. Santa Rosa, Rivas, San Juan, la Virgen, San Carlos, San Jorge; Juan Santamaría, miles de muertos en los campos de batalla, miles de muertos en el país por los estragos del cólera, miles de hogares sumidos en el pesar y angustiados por la pobreza, todos esos recuerdos de dolor y de gloria, iluminados por los fulgores del espíritu de libertad que los engendraron y que los vivifica en nuestras almas. Armas primitivas, escasos recursos, soldados bisonos, jefes inexpertos; enormes dificultades que la dignidad de nuestro pueblo venció, gracias a sus poderosas fuerzas morales y al estímulo que recibía, durante la brega, de la voluntad acerada del caudillo Mora.

Por esto su nombre es cifra de redención en Costa Rica y debe ser invocado cada vez que la voracidad de pueblos más grandes pretenda, ya por los medios violentos, ya por los arbitrios astutos de la diplomacia o del influjo financiero, imponernos cadenas de esclavitud, como un conjuro del pueblo costarricense contra las ajenas opresiones y en la protección de su autonomía.

Cuando era escolar como vosotros, al oír el nombre del General don Juan Rafael Mora resonando en las cumbres de nuestra epopeya nacional, siempre me figuré que había sido él un militar, una criatura del cuartel o de los combates, con todas las asperezas externas e internas de ese origen y ese medio; por suerte para mí, más tarde, al conocer mejor su vida, desvanecí ese error y comprobé que fué un hombre esencialmente civil, de nervio duro y tan severo consigo como con sus enemigos, resuelto en los pasos estrechos, pero sin la índole ni los hábitos que caracterizan al tipo militar común. Su última carta a su dignísima esposa, escrita momentos antes de morir fusilado en Puntarenas, hoy hace sesenta y cinco años, y cuyo original he tenido en mis manos y leído con veneración profunda, admirando la firmeza de sus rasgos gráficos y la grandeza de su sentido, y la manera leal cómo avanzó en busca de la muerte por salvar a sus amigos y parientes, demuestran, si no hubiesen otros hechos suyos que lo revelaran, cuánto era su valor y que no estaba apegado a este mundo por sí sino por los demás, que era un héroe de verdad: pero también el trozo escrito en El Salvador el diez de setiembre, la víspera de su partida para Costa Rica, refleja la ternura de su corazón y la hidalguía de su ánimo, al expresar la tristeza y desesperación por la «idea de que sus hijitos quedaran desamparados» y al consignar con frase magnífica esta advertencia: «Hijos míos, no procuréis vengar mi muerte, porque la venganza desasosiega antes y desespera después de hecha». Condujo a su pueblo a la lucha, cruenta, pero sólo cuando una necesidad imperiosa y un sentimiento de honor y de solidaridad centroamericana se lo impusieron; mas sus ideas y sus inclinaciones fueron extrañas a los furiosos de la guerra, aficionado como era a las amenas satisfacciones de la vida social y a las artes de la paz, como el comercio y la agricultura, que le dieron riqueza y reputación, y ansioso también de encender siempre, en escuelas e institutos, luces para el entendimiento de sus conciudadanos.

Errores tuvo Mora. Sí. Uno de ellos, quizá el mayor, fué su segunda reelección. Como bien lo observa el historiador don Ricardo Fernández Guardia, el pueblo costarricense nunca ha visto con buenos ojos la permanencia prolongada de hombres o círculos en el gobierno, pues concibe los males infinitos que le toca sufrir cuando el poder no se trasmite con alternabilidad frecuente y sabe que con ello pierde toda virtud su democracia. Cuán distinto habría sido el destino de Mora y del propio país, si

al vencimiento de su segundo período administrativo hubiera dejado el mando; él no habría padecido destierro ni muerte, hubiera seguido durante largos años rodeado por un halo de grandeza, siendo el árbitro en todas las cuestiones nacionales, el Padre de la República; y ésta habría continuado sin tropiezos su desarrollo, sin divisiones profundas entre sus hijos y sin la sombra sobre sus anales de haber fusilado a uno de sus propios fundadores.

Estas consideraciones no deben ser tomadas como censura o muestra de ingratitud. De los yerros de los seres superiores debemos hablar sólo para recoger las lecciones que nos puedan servir al perfeccionamiento de nuestra conducta o a la purificación de nuestras almas. No caigamos nunca, Dios nos libre, en el anatema que tan noblemente pronunciara Martí contra los que critican sin generosidad a los libertadores de Hispano América: «Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en estos gigantes fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando; por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales...» «Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz».

Que de don Juanito Mora siempre se digan palabras llenas de luz en esta escuela, que es el templo de su culto, a cuya sombra se puede decir que trabajé varios años y cuyo zumbido como de alegre y laboriosa colmena endulzaba y estimulaba mi pensamiento en las labores generosas que tenía a mi cargo.

Y ahora, réstame expresar mi gratitud al señor Director, que tan amables frases ha tenido para mí, y al personal de la escuela, por esta honra que me han conferido, superior a mis capacidades y merecimientos. Ofrece el mundo muchos y diversos halagos, así para el alma como para los sentidos; pero declaro, sin que haya exceso en la palabra, que nada ha podido ni podrá colmar tanto mi orgullo, como que se me haya juzgado digno y apto de sembrar en el surco de las conciencias infantiles, sustancia viva de la Patria del porvenir, la devoción al más grande de nuestros próceres, desde la más pura y elevada de las tribunas: la del Maestro.

RICARDO FOURNIER

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recoméndelo a sus amigos.